

¿LITERATURA POPULAR O LITERATURA PARA EL PUEBLO? D. BOSCO, UNA FIGURA EJEMPLAR DE ESCRITOR PARA EL PUEBLO

Jesús-Graciliano GONZÁLEZ MIGUEL

Universidad de Extremadura

1. LO POPULAR Y EL PUEBLO

Cuando se habla de literatura popular conviene estar atentos a lo que realmente se dice o se quiere decir, porque el adjetivo popular tiene diversos significados que encierran matices y connotaciones bastante distintas entre sí: En el *Diccionario* de la RAE encontramos como primera acepción de popular lo “perteneiente o relativo al pueblo”; una acepción ciertamente muy genérica e imprecisa. En la cuarta acepción dice lo “que está al alcance de los menos dotados económica o culturalmente” y en la quinta lo “que es estimado o, al menos, conocido” por el pueblo. Pero junto a estas tres acepciones hallamos también en la segunda acepción: lo “que es peculiar del pueblo o procede de él” y en la sexta, refiriéndose sobre todo a cultura: la cultura “considerada por el pueblo como propia y constitutiva de su tradición”. Se advierte, por tanto, una cierta vacilación en la definición del término, en el que podemos distinguir una doble orientación semántica: lo que tiene relación alguna con el pueblo, por un lado; y lo que hace el pueblo, lo que procede de él, por otro.

Este doble aspecto o matiz se advierte también al hablar de literatura popular: Por un lado hay muchos que entienden como literatura popular la realizada por el pueblo, la literatura del pueblo,

hecha por pueblo. Ya Machado decía de sus romances populares:

*Mis romances no emanan de las heroicas gestas,
sino del pueblo que las compuso
y de la tierra donde se cantaron.*

La concepción de literatura popular como la realizada por el pueblo se desarrolló en el Romanticismo, que creyó la literatura popular como la expresión del alma única e individual de cada pueblo. Para los románticos la literatura popular, expresión de esa alma popular, se contraponen a la literatura culta, que es literatura adulterada por la cultura y, por tanto, alejada de la espontaneidad del pueblo. La literatura popular sería una literatura colectiva, anónima, dinámica, breve, dejada en manos de los usuarios y divulgadores, que la transmiten, la adaptan y que, por consiguiente, está sujeta a múltiples variantes.

Hay, sin embargo, otro concepto de literatura popular, aquella que Gramsci llamaba literatura popular artística, la escrita por eruditos y destinada al pueblo, o que, sin tal intención, el pueblo acepta como suya. Así grandes obras literarias, de alta literatura y escrita para cultos, se han hecho populares, porque el pueblo las aceptó como destinadas a él y las leyó y las gustó. Es el caso del *Decamerón*, o el de los grandes poemas italianos del Renacimiento: *Orlando furioso* o la *Gerusalemme liberata*. A partir del siglo XIX hubo, en cambio, una literatura pensada, escrita y dirigida a los jóvenes (*Corazón*, *Pinocho*, etc.) y al pueblo; y aquí es donde cabe y debe situarse a D. Bosco.

Y hablamos del pueblo. Pero ¿de qué pueblo hablamos? Porque tampoco todos entienden la misma cosa por pueblo. Para unos es la parte de la humanidad más desfavorecida de todos los tiempos: el *laos* de los griegos, la plebe, turba o *vulgus* de los romanos; el pueblo menudo de la Edad Media, los siervos de la gleba, los siervos sin tierra, sin derechos, los asalariados del campo o de las ciudades. El pueblo sujeto a la explotación de los señores feudales, más o menos camuflados, de todos los tiempos y de todos los sistemas. El pueblo de los pobres, por oposición a los ricos; la gente de la calle por oposición a la gente alta, que sentía un desprecio no disimulado por esa gente: "Yo llamo pueblo — decía la Marquesa de Lambert — a todo aquel que tiene pensamientos bajos y comunes". Y el desprecio se extendía a los que

escribían para agradar a ese pueblo bajo. Así, ya en el siglo XIII, el trovador portugués Martín Soares, censuraba a un colega suyo, porque sus cantares agradaban al público popular y no al de los trovadores y a las damas. La misma actitud tenía Alfonso X el Sabio que juzgaba como vil el arte de los juglares, porque con sus cantos y narraciones divertía al pueblo en las ferias y en las fiestas. Y el marqués de Santillana consideraba ínfimos a los que poetizaban para la plebe: "Ínfimos son aquellos que sin ningún orden, regla ni cuento fazen estos romances e cantares de que las gentes de baxa e servil condición se alegran". El vulgo errante y profano, que los humanistas despreciaban. Desprecio que compartían muchos intelectuales del siglo XIX, para quienes las cosas del vulgo eran, en palabras de Agustín Durán, un cenagal de corrupción, de falsa ciencia y de fe extraviada que proporcionaba materia a los romances que los ciegos empezaron a propagar desde mediados del s. XVII y que simpatizaban tanto con el vulgo alucinado, que constituyen su catecismo, su encanto, sus delicias y puede decirse que hasta su único modelo ideal y su verdadero retrato.

En este contexto yo quiero presentar una figura ejemplar de escritor, en la que podemos hallar algunas claves de lo que es una auténtica literatura para el pueblo y la importancia que esta literatura tiene en la elevación cultural del pueblo bajo y en la historia de la lengua de un determinado país, en este caso de Italia, pero que fácilmente puede extenderse a otros escritores y a otras lenguas.

Al proponerme hablar sobre este tipo de literatura en un escritor concreto como es D. Bosco, me ha venido a la memoria una breve escena de B. Brecht, en la que un personaje se dirige a un obrero y le pregunta: "Dime, ¿quién construyó la Tebas de las siete puertas?". Y el obrero responde: "En los libros están escritos sólo los nombres de los reyes"; y ante esta respuesta el personaje comenta muy irónicamente: "Pero ¿los bloques de piedra los arrastraban también los reyes?"... Algo parecido sucede en los libros, o en algunos libros, en aquellos que sólo citan los nombres de algunos grandes y se olvidan de otros muchos protagonistas de la historia. Hablando de este tema Giuseppe Petronio arremete contra aquellos escritores de historia, que, por desinformación, por rutina, por prejuicios o por otras causas, se dejan llevar por la parcialidad, a veces más allá de los límites que deberían ser consentidos a quienes pretenden escribir historias verdaderas. Y denuncia

expresamente una de esas parcialidades: "Es un vicio retórico antiguo, fruto de un falso humanismo, el creer que una época se pueda reconstruir recurriendo solamente a los poetas y a los narradores, como si sólo ellos estuvieran en grado de expresar las exigencias, la sensibilidad, la cultura o el tono vital de la misma" (Petronio, 1967, IV: 1296).

Ciertamente es metodológica y críticamente inexacto considerar la cultura como patrimonio de los grandes literatos o creer que los que construyen la historia son los políticos eminentes. Junto a los literatos y a los políticos están también los científicos y los artistas y los filósofos. Y están también los santos, y, naturalmente, está el pueblo, que es el que arrastra los bloques de piedra. Y junto al pueblo están los grandes maestros del pueblo, que son los que más directamente influyen en la formación de sus ideas, en el modelado de sus sentimientos y creencias y en la creación de los mitos de los que vive el pueblo. Es decir, los que con el pueblo construyen aquella cultura que los grandes poetas deben saber interpretar y expresar y que los políticos eminentes deben tener en cuenta para orientar su acción en favor del pueblo. Sin filósofos, sin pedagogos y sin santos los políticos serían simples demagogos de masas sin alma y sin libertad y los literatos se verían privados de las fuentes más auténticas y más profundas de inspiración, que son siempre la cultura y las tradiciones del pueblo.

Juan Bosco nació en 1815 en el seno de una familia de pobres campesinos en un pequeño pueblo piamontés. Salido del pueblo y formado entre el pueblo, con la ayuda de la gente del pueblo pudo realizar sus estudios (es conmovedor leer cómo, niño aún, tiene que trabajar en la granja de unos señores para ganar las 15 liras que le costaban los estudios, y cómo durante sus años de estudio tuvo que hacer de mozo de café, de ayudante de sastre, o dedicarse a otros oficios humildes, y cómo, para poder entrar en el seminario, se vio obligado a aceptar la caritativa ayuda de algunas personas generosas, ya que su pobre madre no podía comprar los hábitos clericales que necesitaba. Ordenado sacerdote, renunció al puesto que le ofrecía la Marquesa Barolo y a otras ventajosas posibilidades de trabajo sacerdotal y, teniendo muy presentes las palabras de su madre, que le había advertido que si un día llegaba a ser rico no entraría más en su casa, dedicó su vida entera al servicio del pueblo y de la juventud abandonada. Construyó escuelas y talleres, fundó Congregaciones Religiosas, para que

continuaran su obra, y murió en 1888.

Sus múltiples biografías, amenas, interesantes, llenas de anécdotas y episodios de todo género podrían ser muy bien estudiadas como modelo de literatura popular: *Un hombre de leyenda; Las aventuras de D. Bosco; Don Bosco que ríe; Juanito Bosco; Don Bosco y su tiempo...* son títulos famosos de algunas de ellas. Pero dejando de lado este aspecto y otros muchos que podrían ser objeto de estudio, yo quiero cifrar mi atención en la actividad e importancia histórica y ejemplar de Don Bosco como escritor para el pueblo y para la juventud del pueblo¹.

2. LOS ESCRITOS DE DON BOSCO

Giovanni Gentile, eminente filósofo y ministro de Educación durante el fascismo, en una célebre polémica con la Revista *La Civiltà Cattolica*, llegó a afirmar que D. Bosco era un gran educador, pero un autor del cual en vano se buscarían sus escritos. No fue sólo la polémica con los jesuitas, la que cegó al ministro de Mussolini para que no viera las más de cien obras escritas por D. Bosco, es que, cuando Gentile hacía esta afirmación, las obras de D. Bosco estaban dispersas en diversas colecciones, generalmente baratas y de uso popular, agotadas gran parte de ellas y por tanto difíciles de encontrar. Hoy existe una reedición anastática en 38 grandes volúmenes, suficientes, a pesar de no

¹ Diversas biografías de Don Bosco se hallan publicadas por la Editorial Central Catequística Salesiana (CCS), de Madrid. Cfr. www.editorialccs.com. En esta editorial están publicados, traducidos al español, los 19 volúmenes de *Las memorias biográficas de Don Bosco* (M.B.), que junto con *Las memorias del Oratorio de San Francisco de Sales*, escritas por el mismo D. Bosco, constituyen la mejor fuente de documentación sobre la vida y la obra del santo. Para más información remitimos a las publicaciones del "Centro Studi Don Bosco", con sede en la Direzione Generale Opere Don Bosco, Via della Pisana 1111, Roma; y a las del Istituto Storico Salesiano de la Universidad Pontificia Salesiana (UPS) de Roma. Mención especial merecen los escritos de Stella P. *Don Bosco nella storia della religiosità cattolica*, Roma: LAS, 1980 y *Don Bosco nella storia economica e sociale(1815-1870)*, Roma: LAS, 1990; así como los numerosos escritos de Pietro Braido, autor, entre otras obras, de *Il sistema preventivo di Don Bosco*, Torino: PAS, 1955 (traducido en castellano en Guatemala, Instituto Teológico Salesiano, 1984); y los de José Manuel Prelezo, que ha cuidado entre otras obras *Don Bosco nella storia*, Roma: LAS, 1990 y otros estudios publicados en la misma editorial.

contener la obra completa, para rebatir la opinión no sólo de Gentile, sino para destruir todos los indocumentados prejuicios de aquellos que han creído que D. Bosco no fue escritor o escribió muy poco durante su vida. Todo lo contrario, escribió una mole considerable de libros, opúsculos, cartas, memoriales, páginas autobiográficas, etc. El elenco completo de los escritos editados durante su vida, es decir hasta 1888, ha sido recogido por Pietro Stella, en un volumen de 175 páginas titulado *Gli Scritti a Stampa di S. Giovanni Bosco* (Los escritos impresos por San Juan Bosco), donde el autor hace reseña de todas las publicaciones de D. Bosco, y da una información minuciosa de las ediciones, correcciones, transformaciones, traducciones a otras lenguas, etc. Están en curso de publicación todos los escritos póstumos y la edición de los inéditos. Me remito a esas publicaciones en la imposibilidad de dar aquí ni siquiera el mero título de todas las obras. Y me voy a limitar a hacer sólo una alusión a algunos de sus escritos para poder tener una idea de qué y de cómo escribió Don Bosco².

2.1. Los escritos históricos

Escribió unos 46 libros o folletos de historia, de los cuales los más importantes son las tres amplias historias: *La historia eclesiástica*³, publicada por primera vez en 1845 y que en 1888 había alcanzado la 10ª edición. Traducida ya en vida del autor al francés y al español. *La historia sagrada*, publicada en 1847, con 19 ediciones en vida de D. Bosco y muchas más después de la muerte. Traducida también al español. *La historia de Italia contada a la juventud*. Primera edición en 1855 y que en 1888 había alcanzado ya su vigésima edición. Un auténtico éxito editorial.

Ahora bien, es necesario hacer dos observaciones si queremos entender exactamente el carácter histórico de los escritos de D. Bosco.

Primera. En estas obras D. Bosco no es ni un autor original ni un gran crítico de la historia. Pretendió ser un simple escritor de historia, un divulgador, y ése fue su gran mérito. No fue tampoco un crítico riguroso

² Para una reseña completa de las obras de D. Bosco, cfr. Stella (1977). Y para el texto de las mismas: Bosco (1932ss).

³ Bosco, G., *Storia Ecclesiastica*, Torino: Speriani e Ferrero, 1845; Id., *Storia Sacra*, Torino, Speriani e Ferrero, 1847; Id. *La Storia d'Italia raccontata alla gioventù*, Torino: Paravia, 1855.

que calibrara a la luz de su profundo saber o a la luz de los documentos históricos la verdad de los contenidos, que hallaba en las historias y en los autores que le servían de modelo. Buscaba aquellos autores que él tenía por más solventes, más documentados y más modernos y se fiaba de ellos y los seguía. No es difícil por eso hallar las fuentes de sus escritos. Sus Historias están concebidas como textos de escuela o de lectura para el pueblo y para la juventud. Lo que importa en ellas no es tanto el rigor, ni la originalidad de la materia o de la organización temática, sino que lo verdaderamente interesante es la narración y la ejemplaridad de los episodios narrados. Más que una trama orgánica y completa del acontecer de la historia, buscaba episodios y personajes, que narraba o describía con brevedad, claridad y en un estilo límpido y fácil, con el fin de que resultaran al alcance y suscitaran el interés del público al que iban dirigidos, pero, eso sí, sin caer en "aquella facilonería vacua y engañosa que, como dice Caviglia, parece ser el hábito más común en la mayor parte de las obras consideradas como populares" (Caviglia, 1935, vol I, Parte I: XV).

Segunda. Por otra parte, D. Bosco tenía un concepto de la historia, como "Magistra vitae". Por eso, cuando escribía sus historias lo hacía con criterio eminentemente pedagógico en atención al público al que pretendía dirigirse y a la intención formativa y educadora que le movía a escribir. Y su público no era ciertamente un público selecto de personas cultas, profesores, eclesiásticos o políticos de altura, sino la gente sencilla del pueblo, inculta y analfabeta o semianalfabeta y, sobre todo, los jóvenes que estaban comenzando su formación. Y lo que pretendía no era, o no era en primer lugar, impartirles lecciones rigurosas de historia que calmasen simplemente su curiosidad científica, sino, sobre todo, mostrarles episodios, personajes, situaciones históricas, etc., que les sirvieran de ejemplo y los estimularan a practicar aquellas virtudes o a evitar aquellos vicios que la historia, maestra implacable, demuestra que fueron tales y tuvieron por consiguiente concretas consecuencias para bien o para mal. Lo dice expresamente él mismo: "Iluminar la mente para mejorar el corazón" (M.B.⁴ II:398). Y más extensamente en la

⁴ Hace referencia a la edición original pero vale también para la traducción española porque los volúmenes y los capítulos son los mismos, y dentro del texto de cada página vienen indicadas en negrita las páginas correspondientes a la edición italiana. Esta aclaración sirve para todas aquellas ocasiones en las que hago referencia a esta obra.

nota aclaratoria que precede a su *Historia de Italia*: "Es un hecho universalmente admitido que los libros deben adaptarse a la inteligencia de aquellos a quienes se habla, de la misma manera que el alimento debe ser adecuado a la complejión de los individuos. Teniendo en cuenta este principio, yo me propuse narrar la historia de Italia a la juventud, siguiendo en la materia, en la expresión y en la mole del volumen las mismas reglas ya practicadas por mí en los otros libros que tenían la misma finalidad. Me atengo, por tanto, a los hechos ciertos, ricos en moralidad y fecundos en útiles enseñanzas; y dejo de lado las cosas inciertas, las frívolas conjeturas, las excesivas citas de autores, así como las discusiones políticas demasiado elevadas, y todas aquellas cosas que pueden resultar o inútiles o dañosas a la juventud" (BOSCO, G. 1935, vol III: 11). Por ello, los escritos históricos de D. Bosco deben ser considerados más que como libros de historia, como divulgaciones históricas para el pueblo y para la juventud de algunos episodios históricos que por su importancia tienen un valor de ejemplaridad para el obrar humano y que por su amenidad, debida no sólo a la grandeza en sí de los episodios seleccionados, sino también y de un modo especial, a la habilidad que poseía para narrarlos, suscitaban el interés del lector y se convertían, por eso mismo, en afortunados libros de lectura para el pueblo y para la juventud. Deberían, pues, incluirse y estudiarse dentro de la específica literatura para jóvenes, que desde el siglo XIX tanta importancia ha ido adquiriendo. En la historia de esa literatura D. Bosco tiene su puesto, como ya algunos se lo van reconociendo⁵.

2.2. Las biografías

Muy cercanos a los escritos históricos hay que colocar las biografías que D. Bosco escribió como homenaje y recuerdo de varios jóvenes, alumnos o amigos suyos, para que sirvieran de ejemplo a sus compañeros y a otros jóvenes de su edad. Tres son las más importantes: *La vida de Domingo Savio*, alumno destacado de su Colegio-Oratorio de Valdocco, hoy elevado al honor de los altares. *La vida de Miguel Magone* y *La vida de Francisco Besuccho*, otros dos destacados alumnos suyos. Se trata de biografías edificantes, muy ligadas al ambiente del

⁵ Cfr. Luigi, A. (1966: 218) donde, al hablar sobre los autores de libros para la juventud, afirma "El primero de todos Don Giovanni Bosco, cuya obra educativa y didáctica revela una genialidad y una potencia expresiva excepcional... Hay que hacer notar especialmente la Historia Sagrada (1847) por la eficaz concisión e la absoluta libertad fuera de cualquier énfasis retórica".

oratorio y a la educación que en él se impartía. D. Bosco emplea en ellas las mismas técnicas y tendencias que hallamos en sus escritos históricos. Es decir, recoge una serie de datos cronológicos sembrados de episodios, que siguen un esquema de ejemplaridad de los distintos momentos o motivos de la vida del colegio, con el fin de presentar a los jóvenes tres modelos concretos de perfección vividos en su mismo ambiente por muchachos de su misma edad y de sus mismas características. D. Bosco cuida rigurosamente la verdad histórica, pero aprovecha algunas circunstancias para ir exponiendo sus valoraciones prácticas y sus orientaciones pedagógicas. Todo ello hecho con gran simpatía y con un estilo estudiadamente sencillo, medido y proporcionado a la mentalidad y a las necesidades del público juvenil al que iban dirigidas estas obras.

Escribió también dos novelas de carácter biográfico, pero no tienen la espontaneidad y frescura de las tres biografías reales. En ellas se acentúa el carácter doctrinal y la intencionalidad didáctica, como lo indican los subtítulos que añade a cada una de ellas: *Pedro o la fuerza de la buena educación* (1855) y *Valentín o la vocación contrariada* (1866).

2.3. Escritos ameno-educativos

D. Bosco escribió algunas obras que él mismo llamó amenas como *Cuento ameno de un viejo soldado de Napoleón I* (1862) o la representación dramática *La casa de la fortuna* (1865). No se trata de obras de gran valor literario, pero tienen una importancia histórica notable, pues iniciaron una fructífera tradición teatral en los oratorios y colegios de D. Bosco, que se extendió a otros centros similares, en los que el teatro será un factor importante del sistema educativo salesiano.

2.4. Escritos hagiográficos

Vidas de santos, menos directamente educativos y sin estar ligados al ambiente como eran los escritos biográficos, están dirigidos especialmente al pueblo sencillo.

2.5. Escritos religiosos, ascéticos, devocionales: obras de oración, de devoción, de instrucción religiosa etc.

El más importante es *El Joven instruido*, que alcanzó en vida de D. Bosco 118 ediciones en italiano, dos en francés, varias en español y estaba preparada la portuguesa. D. Bosco mismo, en carta dirigida al Comité organizador de la Exposición Nacional de Turín de 1884, cifraba

-tal vez con un poco de exageración- en unos seis millones los ejemplares impresos de esta obra.

2.6. Los sueños

Tal vez esta obra podría ser considerada la más popular de D. Bosco, en el sentido romántico del término, porque él no los escribió, sino que los narró y durante mucho tiempo se transmitieron oralmente de boca en boca, hasta que alguien los puso por escrito y fueron publicados en volumen. Son numerosos y de ellos unos fueron realmente soñados por él, otros fueron inventados o adaptados con fines amenos y educativos. Se trata de un género muy popular y que tuvo, y tiene, gran éxito⁶.

2.7. El epistolario

Son numerosísimas las cartas escritas por D. Bosco, unas 20.000, de las cuales 2.845 han sido publicadas en cuatro volúmenes⁷. Como dice E. Ceria en el prólogo a las cartas publicadas: "D. Bosco escribe a Pío IX o a Víctor Manuel II con la misma naturalidad que a sus bienhechores y a sus religiosos; va siempre derecho a su objetivo, siempre con el corazón en la mano" (Bosco, 1955-1959, vol. I).

3. D. BOSCO, PROMOTOR DE LIBROS PARA EL PUEBLO. LAS *LETTURE CATTOLICHE*

Merece una mención especial, por ser, tal vez, la más importante y la de mayor proyección cultural y lingüística entre el pueblo, la publicación de la colección de libros para el pueblo que lleva por título *Letture Cattoliche* (*Lecturas Católicas*).

Esta iniciativa, como todas las demás, debe ser encuadrada y entendida en el marco de su tiempo, es decir, dentro del contexto general de la situación ambiental que se creó en Turín, y en Italia, desde 1848 y en los años que precedieron y siguieron inmediatamente

⁶ Existe en la CCS una buena edición en castellano, cuidada por Fausto Jiménez Rodrigo.

⁷ Bosco (1955-1959). Está en curso la publicación de todo el *corpus* epistolar. Francesco Motto ha publicado una selección de las cartas de D. Bosco a jóvenes y educadores (Madrid: Editorial CCS, 1994).

a la Unidad italiana. Años de gran inquietud y fermento cultural, debido por una parte a las campañas de alfabetización y a la necesidad de promocionar profesional y socialmente a las clases más desfavorecidas; y por otra parte, a la aprobación en 1848 de un nuevo Estatuto para el Estado Piamontés, que permitía las libertades de expresión y de culto, con la consiguiente movilización por parte de los diversos grupos políticos y religiosos para hacer llegar sus propias ideas a las grandes masas populares.

En el campo eclesial, entre los católicos cundió la alarma de una posible descristianización y la pérdida de los valores religiosos y éticos del pueblo italiano. Esto provocó la aparición de una serie de iniciativas en favor de lo que entonces se denominaba la "buena prensa".

En este momento histórico, D. Bosco se mostró como uno de los promotores más activos del movimiento católico piamontés en el hacer frente a la situación y en el saber utilizar la industria y las técnicas propagandísticas de la época; y él fue el que acertó a poner en acción un sistema educativo organizado capaz de competir con el sistema laico del estado italiano. Entre otras iniciativas, intentó el lanzamiento de un periódico: *L'Amico della Gioventù (El amigo de la juventud)*. El periódico, como tantos otros de la época, tuvo corta duración, pero la experiencia, negativa en lo económico, sirvió a D. Bosco de lección para futuras publicaciones.

Planificó cuidadosamente una nueva colección de libros dirigida a un público bien definido: los campesinos, los artesanos y los jóvenes de las clases populares y sus respectivas familias de origen; los temas debían ser religiosos y amenos, de los que quedaban expresamente excluidos la política y las discusiones e intervenciones de los partidos políticos; la forma preferida sería el diálogo, con preguntas y respuestas expresadas según una mentalidad campesina inmersa en su propio mundo social, con los problemas económicos que les afectaban de cerca.

El primer número salió a principios de 1853, con una tirada inicial de 3.000 copias, pero la demanda superó las previsiones, por lo que hubo que aumentar el número de ejemplares en ediciones sucesivas. En Piamonte su difusión fue muy amplia. Según las cifras ofrecidas por P.

Stella, hasta 1857 la tirada media fue de 5.450 ejemplares; en 1859 se llegó a 8.250; y a partir de 1870 mantuvieron una cuota entre 12.000 y 14.000 suscriptores y el número total superaba los 15.000 ejemplares de cada libro. En otras regiones italianas la difusión fue desigual. Una dificultad para su expansión fuera del Piamonte provenía de que en algunas zonas las clases populares no estaban tan sensibilizadas con ciertas formas de cultura como las piamontesas, y los ambientes de mayor cultura preferían otro tipo de publicaciones. Este hecho es significativo y es una prueba más del carácter eminentemente popular que tenían las *Lecturas Católicas* de D. Bosco.

4. CARÁCTER Y VALORACIÓN DE LAS OBRAS DE D. BOSCO

En la imposibilidad de hacer una valoración detallada de cada una de las obras, me limito a señalar genéricamente algunos aspectos sobre el carácter popular y la importancia literaria y lingüística de las obras de D. Bosco en general.

4.1. El carácter popular de las obras de D. Bosco

No cabe la menor duda de que D. Bosco poseía cualidades innatas de escritor. Era sobre todo un fácil narrador. Ya desde niño entretenía a sus paisanos con juegos de malabarismo y con la narración de historietas amenas, que había oído en los sermones y lecturas o conversaciones de la gente y que él retenía en su prodigiosa memoria. Adquirió, además, en sus años de estudio en el seminario y en el Centro de estudios eclesiásticos de Turín una buena preparación humanística y clásica. Existe documentación de muchas de las obras que leyó en sus años de formación y consta también la gran erudición que demostró en aquellas ocasiones en las que tuvo que dar prueba de ello. En 1876 fue nombrado Miembro de la Academia de la Arcadia, en la que ingresó con su correspondiente discurso literario. Sin embargo, D. Bosco sacrificó sus innegables cualidades literarias a los fines de su misión, subordinando siempre su vocación de escritor a su supervocación de educador. D. Bosco -ha dicho Pedro Ricaldone- fue escritor en función de educador. Antes que nada y por encima de todo fue sacerdote y como sacerdote le gustaba firmar sus escritos, y toda su obra estaba dirigida a enseñar y a educar al pueblo y a la juventud.

De esta intencionalidad primaria procedía toda su actividad, también la de escritor y promotor de la cultura y de esta finalidad, nunca desmentida o disimulada por él, nace la elección de los géneros literarios que cultivó, el estilo que empleó y los contenidos de todas sus obras. Y éste es el criterio de la selección de los autores y de las fuentes en que se inspiró.

4.2. El aspecto literario de las Obras de D. Bosco

Todos sabemos lo difícil que resulta definir los criterios de juicio para valorar una obra literaria. Dificultad que comienza en el mismo concepto de literatura y de lo literario. Teóricamente se suele hacer una neta distinción entre literatura de función práctica (*Literatur*) y literatura de creación (*Dichtung*) y suele considerarse esta última como la única digna de ser estudiada y es, de hecho, casi con exclusividad la que entra a formar parte de las llamadas historias de la literatura. La literatura de función práctica no es considerada, generalmente, como literatura en sentido estricto o, a lo máximo y en muy contados casos, es considerada como literatura de segundo o tercer orden y esto siempre en relación al mayor o menor grado de acercamiento a la literatura de creación. Afortunadamente, hoy parece que ha aumentado el interés por las formas de literatura de función práctica y, además, la misma literatura de creación está experimentando algunas modificaciones que en cierto modo se acercan a la de función práctica, por ejemplo, en la incorporación de material documental, o en la carga social, político o moral de no poca literatura de creación, etc. El resultado es, por un lado, que los límites entre literatura de función práctica y literatura de creación no son tan claros como teóricamente podrían parecer y, por otro lado, que se hace necesaria una revisión de las categorías tradicionales, pues son insuficientes, cuando no totalmente inadecuadas, para abordar la riqueza de formas que configuran el mundo de la escritura. Es muy difícil, o simplemente imposible, reducir a un mismo denominador común los diversos géneros de escritura y por tanto se hace difícil, o simplemente imposible, la comparación entre los diversos tipos de literatura y colocar a cada tipo un índice o coeficiente de valoración que las jerarquice unívocamente. Cada tipo de literatura debería ser juzgado dentro de sus presupuestos y con los criterios adecuados. Esto quiere decir que habría que hacer historias de la literatura paralelas: Literatura popular, literatura para niños o jóvenes, literatura religiosa, literatura de arte, etc. Cada una debería ser, hasta un cierto punto, autónoma y

valorada con criterios diferentes y no sólo con aquellos que se juzga la literatura de arte escrita para minorías de literatos de élite. "Es un error propio de los críticos habituados a tratar la literatura o a hacer análisis de obras elaboradas formalmente el juzgar desde la perspectiva del estilo obras que ponen en otros medios la voluntad de interesar al público al que van dirigidas" (Petronio, 1979: 29).

D. Bosco, en razón del carácter que quiere dar a sus escritos, se autoexcluye conscientemente de la alta literatura para minorías cultas. Minorías, que en el siglo XIX eran mucho más minoritarias de lo que pueden serlo hoy. Él se sitúa por elección a nivel del pueblo. Sus escritos están concebidos y pensados para el pueblo y para los jóvenes y lógicamente su estilo también: "Mi preocupación [...] al escribir estuvo siempre y únicamente encaminada a hacerme entender por todos tanto en la exposición, como en el uso de las palabras más simples y conocidas". Tenía voluntad de llegar a muchos lectores, especialmente a los jóvenes y al pueblo sencillo. Por eso trataba de adquirir el estilo más adecuado para hacerse entender y gustar por sus lectores. Para lograr este estilo, tan laborioso de adquirir como cualquier otro estilo, tuvo que trabajar mucho, limar, corregir, cambiar. Frecuentemente leía o hacía leer sus manuscritos a personas de poca instrucción, gentes simples, del pueblo, obreros o empleados de escasa cultura o nivel intelectual. A su madre, analfabeta, al portero de la casa, etc. y corregía hasta que éstos lo entendían todo con facilidad. Lo mismo hacía con los jóvenes, hasta estar seguro de que sus narraciones eran entendidas y les resultaban agradables. Él mismo dice en la introducción a la Historia Sagrada: "conté uno a uno los hechos principales de la Sagrada Biblia a un buen número de jóvenes de los diversos grados y fui anotando atentamente la impresión que cada narración les causaba y el efecto que en ellos producía después. Esto me sirvió de norma para descartar algunos, hacer una simple alusión a otros y enriquecer con detalladas circunstancias a otros muchos" (M.B., II: 396). Los jóvenes y el pueblo tienen que entender, quieren entender y si no entienden se aburren, por eso D. Bosco ponía su atención sobre todo en ser entendido y en embellecer un poco aquellos detalles que al pueblo más le gustan. Por eso grandes masas del pueblo acudían con gusto a escucharlo.

Dentro de estos presupuestos, y teniendo en cuenta la finalidad y la condición de sus destinatarios, hay que decir que D. Bosco cuidaba

con esmero la corrección y la calidad de sus escritos. De todos son conocidas las duras críticas que los literatos dirigían en aquellos años contra el escribir pedestre de los burócratas, periodistas, científicos, divulgadores, etc. que no se preocupaban ni por el léxico, generalmente pobre, bajo y lleno de vocablos y frases extranjeras, ni por la gramática, frecuentemente calcada del correspondiente dialecto del que escribía, ni por el estilo, desaliñado y flojo. Por eso, aunque él hablaba normalmente en su dialecto piamontés, cuando escribía en italiano cuidaba la propiedad y el buen gusto y, aunque nunca pretendió adquirir fama de elegante literato, dotado como estaba de buenas cualidades naturales y bien formado intelectualmente con sus estudios y lecturas, a la vez que buscaba la claridad y la simplicidad, evitando cualquier ampulosidad vacía o demasiado florida, no descuidaba la pureza y propiedad de la lengua ni dejaba de escribir con un estilo bien aliñado y compuesto con períodos simples, ordenados, libres de toda trivialidad o vulgaridad. Para ello se dejaba aconsejar de los buenos escritores que él trató y que le ayudaron a ir progresivamente perfeccionando su lengua italiana. En algunas ocasiones, al principio de su actividad de escritor, recibió críticas bastante severas de personas a las que él había hecho leer sus escritos. Así el Profesor Amadeo Peyron le escribía en una ocasión: "He leído atentamente algunos de los fascículos de las lecturas católicas, pero si queréis que produzcan un buen efecto, procurad que estén escritos con mayor propiedad de lengua, con menos incorrecciones gramaticales, con menos inexactitudes en los términos y más diligencia en las correcciones"(M.B. IV: 652). Aunque esta dura crítica del Profesor Peyron se refería fundamentalmente a los fascículos de las *Lecturas Católicas*, anónimos o traducidos del francés por colaboradores de D. Bosco, director y responsable de la colección, D. Bosco tomó buena cuenta de ella para lo sucesivo. Como también tuvo muy en cuenta un consejo de su amigo el gran escritor Silvio Pellico, que en cierta ocasión preguntó a D. Bosco si, como escritor, hacía uso frecuente del diccionario. D. Bosco le respondió que le parecía tener conocimiento suficiente de la lengua italiana como para prescindir del diccionario y que, además, no tenía tiempo para ir en busca de nuevos vocablos. "No mi querido Don Bosco, le respondió Silvio Pellico, no se fíe demasiado y tenga paciencia. Mire, yo no puedo escribir ni una página sin utilizar el diccionario y si dejara de consultarlo, con frecuencia cometería errores. Esto es algo absolutamente necesario para conocer toda la fuerza y la exactitud de las palabras, y también para la ortografía. Muchos términos

nos parece que los conocemos y en realidad non engañamos. Frecuentemente se puede caer en francesismos, en expresiones latinas o dialectales. Siga mi consejo: tenga siempre el diccionario sobre su mesa de trabajo" (M.B. III: 314s). Y D. Bosco siguió al pie de la letra el consejo de su amigo y hasta en sus viajes no dejó nunca de llevar consigo el diccionario. De esta manera llegó a alcanzar una expresión correcta, un vocabulario rico y un estilo simple, claro, adaptado a la mentalidad del pueblo y de los jóvenes y ameno.

Otro escritor, Niccolò Tommaseo -una de las personalidades más ricas y más complejas y una de las más cercanas a la conciencia romántica europea-, autor fecundísimo de los más variados temas, entre ellos de un voluminoso diccionario de la lengua italiana que sigue siendo un instrumento fundamental de trabajo, y que durante sus años de estancia en Turín solía visitar a D. Bosco, le decía hablando de su modo de escribir: "Querido Señor D. Bosco, me complace el poder decirle que usted ha conseguido un estilo fácil y el verdadero modo de explicar al pueblo sus ideas de modo que lo entienda. Es más, ha sabido hacer populares y llanas aun las materias difíciles" (M.B. V: 118).

4.3. Importancia lingüística de los escritos de D. Bosco

Aparte del valor propiamente literario y estilístico de las obras de D. Bosco, creo que es necesario señalar, sobre todo el valor y la importancia lingüística de sus escritos. Los años de la vida de D. Bosco coinciden con los años en que se fraguó, se realizó y se consolidó la unidad política italiana y, por consiguiente, los años en que se produjo también el movimiento de unificación y de expansión de la lengua italiana a nivel del pueblo. Se abogaba por una lengua simple y por unos mayores contactos entre la lengua escrita y la hablada con el fin de lograr una mayor adhesión a la realidad de las cosas y de conseguir una lengua unitaria que fuera el instrumento de unidad social de una nación espiritualmente ya unida.

Existía ya, es verdad, en cierto sentido, una lengua más o menos comprensible para muchos, aunque diversa en cada región de Italia. Era la lengua que Fóscolo llamaba "mercantil" o "itineraria" y que Manzoni describe como el "parlar finito" de los milaneses. "Quería decir utilizar todos los vocablos italianos que se sabían, o aquellos que se creían

italianos, y suplir el resto como se podía, y en su mayor parte, se entiende, con vocablos milaneses, tratando de evitar aquellos que incluso a los milaneses les habrían parecido demasiado milaneses y los habrían hecho reír; y de dar a todo el conjunto las desinencias de la lengua italiana" (Manzoni, 1898, vol.V: 348). Pero esta lengua compuesta e incorrecta no podía ser la lengua común nacional que se propugnaba. Por eso en la búsqueda de una lengua común, ideal, que compartían todos los escritores, sea los clasicistas, que mirando al pasado proponían modelos literarios de ilustres escritores de siglos anteriores, sea los románticos, que miraban a la lengua hablada, se fue abriendo la idea de no una, sino de varias lenguas nacionales: la lengua nacional literaria, o sea la lengua escrita por los grandes escritores, y la lengua nacional popular, que era la lengua hablada por todos los italianos y escrita por escritores para el pueblo. Leopardi expresó repetidamente esta idea y para poder reconciliar la reconocida aulicidad de la literatura y el deseo de una literatura popular pensó incluso en "tener dos poesías y dos literaturas, una para los intelectuales y otra para el pueblo. Así aquellos, los intelectuales, no perderían, y el pueblo ganaría" (Leopardi, 1957, vol II: 1207). Claro que los literatos al hablar de pueblo o de lo popular se referían más bien al "tercer estado" al pueblo que se encontraba "entre el vulgo culto y el vulgo pordiosero" (Tommaseo); el pueblo que no era "plebe" (Fóscolo), sino que tenía el tono de "un bien educado salón burgués" (Bonghi). No podía ser de otro modo si se tiene en cuenta que en aquel momento las cuatro quintas partes de los italianos eran analfabetos. Pero también a este pueblo de harapientos, a la plebe analfabeta, tenía que ir llegando la lengua italiana.

Los historiadores de la lengua italiana señalan como factores importantes del proceso de unificación y expansión de una lengua italiana común y unitaria, entre otros: la intensa actividad política, la creación de nuevas estructuras civiles y militares de carácter nacional; la actividad social; la multiplicación de las líneas de comunicación rápida y constante entre las diversas regiones del nuevo reino; la creciente industrialización y el intercambio comercial, etc. Cada uno de estos factores tiene su importancia más o menos relativa, pero hay dos factores que todos consideran como decisivos: la escuela y la difusión de la lengua escrita.

Por lo que respecta a la escuela, sería necesario poder disponer de

algún estudio hecho a fondo sobre el estado de la escuela y de la enseñanza de la lengua italiana en ella durante los años que precedieron y siguieron a la unidad italiana⁸, para poder así ponderar con una perspectiva clara la importancia de los grandes maestros y pedagogos del siglo XIX en la transformación de la escuela y en la reforma de los métodos de enseñanza y consiguientemente en el proceso de unificación y expansión de la lengua italiana. D. Bosco en este aspecto quiso y supo estar a la vanguardia.

En cuanto al otro factor, el de la lengua italiana escrita, es necesario tener en cuenta, al menos, tres grados o niveles de la misma: en primer lugar el de la "alta" literatura, o sea la poesía y la prosa de arte. En este caso la influencia de los grandes escritores italianos en general y

⁸ De los datos que podemos extraer de los estudios parciales realizados hasta el momento, cabe deducir que fuera de Roma y de Toscana la enseñanza del italiano se hallaba en un estado de lamentable abandono. El deseo expresado por Muratori en 1706: "¡Quisiera Dios...que en las escuelas públicas se comenzara de una vez a enseñar bien la lengua italiana a los jóvenes!", no se cumplía todavía un siglo y medio más tarde, en los años de la unificación de Italia, pues aunque el primado del italiano era un dato cierto y seguro en el plano cultural y político, no lo era en el efectivo y se seguía usando el dialecto con la excusa de que los alumnos no entendían la lengua italiana. En una memoria presentada a Carlos Alberto, tras la descripción del estado lamentable en que se hallaba el conocimiento de la lengua italiana en el reino, se dice: "Hay que concluir que por desgracia la instrucción elemental, que es donde está la razón íntima de estos graves y perniciosos defectos, se halla en condiciones deplorables". Comenzaba por ser deplorable el estado material de las escuelas: Sin libros, sin instrumentos didácticos, sin las más elementales condiciones para el aprendizaje, especialmente, pero no sólo, en las escuelas rurales. "Por todas partes, escribe por ejemplo el presidente de la pública instrucción de Nápoles, faltan los materiales escolares, no se da a los alumnos ni un libro, ni una hoja de papel, ni un lapicero, ni un cuaderno y casi todos carecen de los medios para adquirirlos... en no pocas escuelas faltan hasta los pupitres y las tablas para enseñar a leer y escribir". Aunque este estado no fuera general, tampoco se trataba de ningún caso aislado o excepcional. En Milán mismo se atribuía el fracaso de la enseñanza elemental a la falta de método en los enseñantes y al mal estado de las escuelas: "Casi todos los maestros, especialmente en el campo, carecen del conocimiento de los buenos y verdaderos métodos, se atienen al sistema individual llamando a su mesa a aquellos pocos niños que prometen un buen resultado y dejan de lado a los demás. Esta circunstancia, además de la carencia de buenos y bien acomodados locales en las escuelas, constituyen la verdadera causa del retraso o de la falta de la instrucción elemental". Faltaban además buenos libros de texto y de lectura adaptados a la comprensión y a la mentalidad de los alumnos. Cfr. De Mauro, 1974: 39 y ss.).

de los escritores del siglo XIX en particular, sobre todo de Manzoni y de Leopardi, ha sido justamente señalada por los historiadores y lingüistas. En segundo lugar, aquella literatura que Carducci con cierto desprecio denominaba "prosa burguesa" y que Pancrazi intuye que llegará a ser la "prosa de la novela y el cuento italiano". Y en tercer lugar la literatura escrita para el pueblo más inculto y para la juventud. Es decir, aquella que con criterios menos literarios, pero más prácticos, se difunde entre el pueblo llano y entre los jóvenes, destinatarios a los que sólo en ínfimos porcentajes llegaba la alta literatura de arte. Y es aquí donde deben entrar y ser estudiados los escritores para el pueblo y para la juventud, injustamente marginados u olvidados. Ellos son los divulgadores de la lengua sencilla y fácilmente comprensible, y los verdaderamente leídos, o, para ser más exactos, los más oídos leer, por las capas más bajas de la cultura.

A este respecto conviene recordar el método corriente usado entonces para aprender a leer. La lectura tenía como base la llamada "cartilla" y el niño, o el adulto analfabeto, comenzaba por aprender las letras del alfabeto y los números. Pero inmediatamente después se ejercitaba la lectura sobre textos sabidos anteriormente de memoria, como eran las oraciones de la iglesia y las preguntas del catecismo, para pasar más tarde a los libros de uso popular o a los escritos expresamente para la instrucción del pueblo o de la juventud. Éste era el método que usaban los curas de los pueblos y que pasó a la escuela. Así se aprendía a leer y se aprendía la lengua italiana. Pero no basta el primer aprendizaje en la escuela elemental, en la parroquia o en la familia. Era necesario fomentar la lectura en períodos posteriores y a lo largo de toda la vida. Al terminar la instrucción elemental aquellas personas que a duras penas habían conseguido aprender el italiano y no continuaban sus estudios (y era la mayor parte, pues a la enseñanza postelemental accedía solamente un 0,98% según los cálculos de los expertos) corrían el peligro de olvidarlo pronto por falta de uso y de contacto duradero, de alguna manera, con la lengua escrita nacional. De hecho el conocimiento lingüístico era muy pobre, según testimonios auténticos de la época. "Corporaciones enteras... de comunidades rurales firman con una cruz... en muchos pueblos los ministros del Evangelio se ven obligados a predicar la palabra de Dios en un bárbaro dialecto... los artesanos, incluso en las ciudades, y, lo que es peor, los comerciantes y hasta los propietarios no saben escribir o escriben muy mal y les cuesta trabajo...

extender y ordenar sus notas o sus registros... la mayor parte de la mujeres campesinas son analfabetas... y hay dificultad hasta para encontrar copistas" (De Mauro, 1974: 39). ¿Quién iba a dar una respuesta a las exigencias de, al menos, un mínimo contacto postescolar con una lengua que fuera fácilmente comprensible, adaptada a la mentalidad y a los problemas de esos semianalfabetos que surgían de la escuela elemental? No ciertamente, o no en la medida suficiente, los grandes escritores de literatura, por más que hubiera algunos libros que se hicieron populares como *Los novios* de Manzoni o *Mis prisiones* de Silvio Pellico, sino los escritores de masas y los escritores que se dirigían al pueblo y, yo diría que especialmente los escritores de temas religiosos, que destinaban sus escritos a las capas más bajas de la sociedad. Fueron estos escritores, de una u otra tendencia, los que más se preocuparon de que sus ideas llegaran al pueblo, escritas en una lengua italiana fácil y comprensible incluso para aquellos que tenían una capacidad mínima de comprensión. Lo importante era llegar al mayor número de personas.

Por esto la historia de la difusión de la lengua nacional italiana tiene hasta la llegada de los grandes "medios de comunicación de masas" muchos protagonistas anónimos. Pero tiene también grandes protagonistas como nombre propio, que eligieron conscientemente el nivel popular y fueron verdaderos maestros de la lengua entre el pueblo. Está por hacer la verdadera historia de la lengua. El día en que se haga, D. Bosco tendrá, sin duda, un puesto propio en este tercer nivel de la lengua escrita del siglo XIX. Sus propios escritos, la lengua que usó, el impulso que dio a la literatura para el pueblo y para la juventud, ocupan un lugar destacado dentro de esa literatura, porque fue uno de los escritores más influyentes por el simple hecho de ser uno de los escritores leído por el pueblo. Puede ser que sus escritos por su lengua, su estilo, sus géneros, etc. no consigan que el nombre de Don Bosco figure en las eruditas historias de la literatura italiana, al menos mientras prevalezcan los criterios de poner en los libros sólo los nombres de los "grandes reyes" y no los de los que acarrear los bloques de piedra, es decir mientras se considere sólo como literarias aquellas obras de creación compuestas en determinados géneros, destinadas a un público culto y escritas con un alto grado de literalización formal. Pero ya hemos dicho que sería un grave error juzgar los escritos de los escritores para el pueblo, únicamente con criterios estrictamente literarios, puesto que

ponen en otros medios expresivos su voluntad de conectar directamente con el público popular al cual se dirigen. Pero si los escritos de D. Bosco, y los de tantos otros escritores que como él escribían para el pueblo llano, no merecen la atención de los historiadores de la literatura, no se debería decir lo mismo de los historiadores de la lengua italiana. Ellos fueron, hasta la difusión masiva de los grandes medios de comunicación audiovisual, uno de los agentes principales de conocimiento, penetración y difusión de una lengua, en este caso la italiana unitaria, en aquellas capas del pueblo que normalmente no hablaban ni oían más que su propio dialecto.

De todo lo dicho me permito sacar dos conclusiones generales:

Primera: como indicábamos al principio, Don Bosco nos ofrece algunos datos que resultan significativos para determinar lo que es o puede ser la verdadera literatura para el pueblo.

1.- En primer lugar, es aquella que tiene al pueblo como destinatario principal, sin buscar más intereses que el servir, educar y agradar a ese sector tan desfavorecido de la sociedad.

2.- En segundo lugar, aquella que usa un lenguaje apropiado a tales destinatarios. Un lenguaje, que sin renunciar a la propiedad de la lengua, se adapta a las exigencias culturales y mentales del pueblo, sea en el léxico, sea en la sintaxis, sea en el estilo.

3.- En tercer lugar, aquella que resulta amena a base de buscar y ofrecer los temas que interesan y gustan realmente al pueblo y los expresa de forma atractiva, cifrando la literalidad no en las expresiones rebuscadas o en los artificios literarios de un estilo erudito o la complicación de tramas elevadas, sino en aquellos resortes que más y mejor inciden en la mente del pueblo y mejor captan y suscitan su interés.

4.- En cuarto lugar, aquella que se atiene al sano realismo de los hechos. Pues, como decía Manzoni, los hechos precisamente en cuanto se ajustan a la verdad, por así decirlo material, poseen, en el más alto grado, el carácter de la verdad poética. La literatura para el pueblo, en el ejemplo de D. Bosco, es realista, pero sabe que más allá de los hechos externos existe una verdad, que es, a la vez, poética y filosófica y moral.

Una verdad que aunque sea, a veces, difícil de definir es, sin embargo, sólida y es la que da fuerza y capacidad literaria a los hechos y, por eso, escritor popular es el que tiene la habilidad de descubrir y expresar la fuerza literaria que tienen los hechos y sabe transmitírsela así al pueblo.

5.- Podemos señalar, además, que gran parte de la literatura para el pueblo tiene un cierto carácter de interinidad, es efímera, porque el pueblo cambia y la cultura, aunque lenta, va llegando también a las capas inferiores de la sociedad, lo cual hace que la mentalidad del pueblo cambie con el paso del tiempo y que, consiguientemente, cambien también los intereses y los medios literarios para suscitarlos. Pero esta interinidad efímera se adensa y magnifica por el hecho de servir de impulso y de convertirse en indispensable instrumento de formación y elevación de la cultura del pueblo y, por tanto, como preparación y camino hacia una literatura más elevada.

Don Bosco logró todo esto y ésa, y algunos de sus escritos que han adquirido categoría de perenne actualidad, es la gran lección y la gran herencia que como escritor nos ha dejado. Y si hoy muchos, o algunos, de sus escritos, que entonces suscitaron gran interés y fueron leídos con avidez, nos pueden parecer pasados de moda o carentes de atractivo para el pueblo de hoy, ésa es la mejor prueba del carácter verdaderamente popular de tales escritos. Hoy D. Bosco escribiría de otra manera, pero lo haría siempre teniendo en cuenta las exigencias primordiales del pueblo, pues no puede entenderse ni imaginarse sin el pueblo y sin la juventud del pueblo.

Segunda: La figura de D. Bosco presenta, a mi modo de ver, todavía un aspecto ejemplar más. Don Bosco está situado históricamente en los años en que se fraguaba la unidad nacional italiana y en los que se ponían las bases para una nueva cultura del pueblo italiano. Dentro del cuadro general de ese momento de paso entre diversos modelos culturales e inmerso en los problemas que ese paso planteaba, su papel resultó ser el de mediador entre una cultura marcadamente tradicional, con unos valores que él consideraba que había que mantener a toda costa, y las exigencias de una renovación, que suponía nuevas ideas y nuevos avances culturales y sociales.

En este juego, altamente problemático, de relaciones dialécticas

entre lo tradicional y lo nuevo halla su puesto específico y ejerce un papel de sutura su actividad, ejemplarmente puesta de manifiesto, sea en la fundación de una serie de iniciativas editoriales o en la creación de talleres y escuelas profesionales, sea en la composición de sus libros, que eran a la vez instrumentos de enseñanza, de transmisión de valores tradicionales (nada de lo bueno del pasado se debe perder), de apertura a los nuevos modelos de comportamiento y de promoción social del pueblo y de los hijos del pueblo.

Por eso, su papel ejemplar de puente o de sutura entre valores tradicionales y valores nuevos puede servir de modelo para otros tiempos, pues la cultura no se puede entender más que como plural. Plural en cuanto compuesta por tradiciones diversas que se enriquecen mutuamente; y plural en cuanto abarca un espectro muy amplio de personas que participan de un modo diverso en esa cultura. Seguir entendiendo la cultura en sentido unívoco como cultura docta, exclusiva y excluyente supone no sólo dejar a priori fuera de la historia a gran parte de la producción cultural del pasado, sino también ponerse en grado de no poder entender en sus justos términos todo el proceso de promoción cultural del pueblo, que en definitiva es el que verdaderamente arrastra los bloques de piedra y el que construye la historia. Aunque el pueblo tenga siempre necesidad de guías clarividentes y sabios que, como en su tiempo hizo D. Bosco, lo atiendan, lo promocionen y le ayuden a elevarse culturalmente, aunque sin perder aquellos valores que constituyen la esencia de su original identidad como tal pueblo. Y eso es ser verdaderamente popular.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- BOSCO, G. (1845). *Storia Ecclesiastica*. Torino: Speriani e Ferrero.
----- (1847). *Storia Sacra*. Torino: Speriani e Ferrero.
----- (1855). *La Storia d'Italia raccontata alla gioventù*. Torino: Paravia.
----- (1932-1935). *Opere e Scritti editi e inediti*. Torino: SEI.
----- (1955-1959). *Epistolario*. Torino: SEI.

- (2003). *Los sueños de Don Bosco*. Introducción y notas de Jiménez, F. Madrid: Editorial CCS.
- BRAIDO, P. (1955). *Il sistema preventivo di Don Bosco*. Torino: PAS.
- (1984). *El sistema preventivo de Don Bosco*. Guatemala: Instituto Teológico Salesiano.
- CAVIGLIA, A. (1935). *Don Bosco, opere e scritti editi e inediti*. Torino: SEI.
- DE MAURO, T. (1974). *Storia linguistica dell'Italia unita*. Bari: Laterza.
- LEOPARDI, G. (1957). *Zibaldone*. Milano: Mondadori.
- LUIGI A. (1966). *Storia della Letteratura per la gioventù*. Firenze: Sansón.
- MANZONI, A. (1898). *Opere inedite e rare*. Milano: Richiedei.
- M. B. (1898). Corresponde a: LEMOYNE, G.B; CERIA, E y AMADEI, A.: *Memorie biografiche di San Giovanni Bosco*. San Benigno Canavese, 1898. Traducción española: *Las memorias biográficas de Don Bosco*. Madrid: Editorial CCS, 1981-1989.
- MOTTO, F. (1994). *Cartas de D. Bosco a jóvenes y educadores*. Madrid: Editorial CCS.
- PETRONIO G. (1967). *Antologia della Lett. Italian*. Milano: Rizzoli.
- (1979). *L'attività letteraria in Italia*. Palermo: Palumbo.
- PRELLEZO, J. M. (1990). *Don Bosco nella storia*, Roma: LAS.
- STELLA, P. (1977). *Gli scritti a stampa di San Giovanni Bosco*. Roma: LAS.
- (1980). *Don Bosco nella storia della religiosità cattolica*, Roma: LAS .
- (1990). *Don Bosco nella storia economica e sociale(1815-1870)*. Roma: LAS.